

GT8-191-D

La Celestina
(mecnografiado)

Synopsis del guion cinematográfico
para la película titulada
"Hija Celestine"

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



Autores del guion
Guillermo Fernández-Shaw
y
Adolfo de Hernalde y Fernández-
Magacino

1950

SINOPSIS DEL GUDON DE LA PELICULA

" L A C E L E S T I N A "

-oo o o o oo-
-oo o o o oo-

SINOPSIS DEL GUION DE LA PELICULA

" LA CELESTINA "

En una calle de una villa española pasean el Bachiller Fernando de Rojas y un Físico o médico (año 1505). Entran en una casa de este último que es el mismo tiempo que morada de éste, taller de alquimia; y, al mezclar el Físico dos ácidos, consigue en el primer ensayo un líquido brillante y fosforescente, cuya luz destella vivamente en la penumbra que les rodea. En el segundo intento o ensayo y al mezclarlos sin orden, y acompañada entonces la acción por un motivo musical idóneo, precipitan estos líquidos formando vapores esperos de desagradable aspecto; y, entre estos vapores, se adivinan simbólicamente los cuerpos de los dos célebres amantes retorciéndose en la agonía del drama erótico, sin dejar de representar al espectador en primer término las manos del Físico creador de los efectos químicos, y las del Bachiller, de las cuales la derecha estará ornada con una gran piedra en el índice a la manera de algunos caballeros de la época. En esta piedra reverberarán las luces producidas por las operaciones químicas que ejecuta el Físico, aparentando inspirar al Bachiller su obra inmortal.

Entre los últimos efectos de los vapores que se van aclarando, como al soplo de un viento fuerte, aparece en el mismo plano y envuelta en la bruma la casa de Celestina. Ante ella, Sempronio llama fuertemente a la puerta y dá voces de "Celestina! ¡Celestina!"... Esta casa estará situada en un contrafuerte de piedra sillar de unos seis metros de altura y será de dos pisos y adosada a un talud en fuerte inclinación este último. Abre la puerta Celestina, mujer alta y delgada con un ligero bozo y una cicatriz en el rostro, de unos sesenta años de edad y de expresión simpática e inteligente. Relata Sempronio a ésta el fuego de los amores de Ca-

lixto por Melibea y le dice que viene mandado por aquel a entrevistarse con ella. Celestina accede a visitar a Calixto; y, mientras tanto, en casa de éste, Parmeno -criado de Calixto- previene a su amo contra Celestina; razones éstas que Calixto no escucha distraído en sus meditaciones amorosas.

El cuarto de Calixto es de la época; Calixto permanece echado en una banqueta mientras maneja distraído un laud. El neblí favorito, que permanece de día y de noche junto a su amo, llama la atención con sus movimientos a éste, que sale de su ensimismamiento para revivir y comunicar a su criado la visión de Melibea que le atormenta.

Comienza Calixto a relatar que "hace días, en un atardecer muy claro..." Sirve al relato un fondo musical. Pero el relato se interrumpe, y es la propia acción la que lo substituye, mostrando plásticamente lo que se supone que el joven va diciendo. En esta acción, aparece el neblí alejándose entre nubes blancas. La cámara cinematográfica se acerca rápidamente al abatirse el pájaro y le caza en el césped. En la perspectiva, el jardín, y casa de Melibea, rodeados de altas tapias amuralladas con escalones diagonales en el muro. La casa, con una torre de cuatro pisos; y al pie de ella, un pequeño estanque-fuente. Luego aparece Calixto con el pájaro, encauchado y tranquilo, posado en su guante halconero. Calixto, descubierta la cabeza, entabla diálogo con Melibea y es rechazado por ésta. Vuelve la escena al cuarto de Calixto; y éste, al recordar su desventura, dice al criado que cierre las ventanas y le deje solo con su desesperación. Siguen varias razones entre amo y criado, mientras esperan a Celestina que, por fin, llama a la puerta de Calixto, acompañada de Sempronio. Suben ambos, y Calixto les recibe con grandes muestras de alegría en un monólogo excitadísimo, sin atender a razón alguna de Celestina; que, aun delante de él, indica a Sempronio que es hora de que su amo empiece a abrir la bolsa, Calixto de motu-propio y sin oír a nadie, le dice que no sólo le agradece de palabra sus consuelos, sino que la invita a subir a otra cámara por dinero. Celestina se queda mientras sube Calixto; y departen, los tres criados con razones para aprovecharse de Calixto. Parmeno

se muestra más reservado y receloso; no así Sempronio que, con razones y ayudado de Celestina, pretende seducir con regalos y promesas a Parmeno, el cual finge acceder. Baja Calixto y acompaña sólo a Celestina; y, al subir, dice a los criados que dió cien monedas a ésta, aplaudiendo Sempronio y ensalzándole las delicias de regalar en el dichoso estado de amor en que se encuentra; pero al mismo tiempo le aconseja reposo y distracciones, pues teme que enloquezca de pasión; sale Sempronio para acompañar a Celestina y queda sólo Calixto con Parmeno, que le acompaña por las cuadras, en su visita a los caballos. Razonando Calixto, le pregunta a Parmeno que si aprueba lo hecho; a lo cual Parmeno le dice que más valía hacer llegar noticias de su amor a Melibea, con mesura y prudencia, que no emplear los oficios de Celestina, mujer tres veces emplumada por ladrona y entrometida, y perder su libertad al confiar en tal mujer sus amores. Le reprueba Calixto medio enloquecido, y Parmeno le deja decir, añadiendo para sí que, puesto que su amo está loco, él también se aprovechará de esta situación. Manda Calixto enjaezar su caballo y monta, despidiéndose y prometiendo darse una vuelta por casa de Melibea. Mientras tanto, Sempronio va en busca de Celestina; y al alcanzarla, siguen estos dos urdiendo su trama; alude Celestina al peligro que, como mujer experta en estos trances, prevee; y Sempronio, lleno de celos, manifiesta que, si peligros hay, los afrontará Celestina, pues él dice que más vale perder lo servido que la vida por cobrarlo, y que espera que estos amores solo sean capricho, y mientras duren se aprovecharán con prudencia.

Celestina cuenta a Sempronio que, mientras que subieron por el dinero Calixto y Sempronio, se dió a conocer a Parmeno como amiga de su difunta madre y que, además, le piensa presentar a una conocida suya: una tal Areusa, costurera de oficio y de notable belleza y clienta suya, que hará a éste pasarse a su bando, pues siempre las mujeres bellas persuaden mejor que nadie. Departen luego con otras razones, entre ellas las de los terrores de Sempronio ante la venganza de los familiares de Melibea, que son fuertes, principales y nobles, y la de los riesgos que corren todos. Las aprueba Celestina y le repite que, en estos lances de amores, es frecuente

que arrastren los amantes de generosa sangre, -como éste es el caso,- con sus fuegos a todos sus allegados y servidores; de donde ella misma empieza a mostrar temor dada la alcurnia y la calidad de los protagonistas que, escudados en su superioridad de clase, no vacilarán en arrastrarlos a todos; siendo natural que ellos, humildes servidores, tomen todo género de garantías en tan peligrosa empresa.

Sempronio, como rústico que es y menos inteligente que Celestina, ante la amenaza y los temores de ella, se estremece y quiere retirarse; impidiéndolo Celestina con el razonamiento de que tal vez los amantes, que ella supone simplemente encaprichados, se cansen pronto y que por ello saquen sus ayudantes sólo provechos de estos amoríos, pues no los supone (!Dios la valga!), verdaderos enamorados. Termina diciendo que va a casa de Melibea a entrevistarse con ésta, intercalando en su diálogo sus opiniones sobre la fuerza de las pasiones en las jóvenes de altas casas criadas con todo el mimo y regalo de sus padres. Cuando enseña a Sempronio el muestrario de todas las baratijas que lleva, éste le recomienda prudencia, pues el padre es de alta condición y fácil enojo, respondiéndole Celestina que más es el ingenio de una niña mimada que goza de la confianza y el amor de todos los de su casa...

Hace la vieja el conjuro de la buena suerte y se encamina sola a casa de Melibea con la incertidumbre reflejada en su rostro, que se acentúa al rozarse en las estrechas calles con algunos escuderos que acompañan a sus damas. Al hacer Celestina un brusco movimiento, se enreda en la cazoleta de una de éstas, que cae al suelo atravesada, con el consiguiente sobresalto de Celestina, que toma este incidente como de malísimo augurio. Llega por fin a casa de Melibea, siendo avistada desde el balcón saliente por Lucrecia, criada rubia de Melibea, que le abre y la recibe, saludándola y extrañándose de no verla más a menudo, a lo cual responde Celestina que, habiéndose mudado de barrio, pasa poco por estos lugares y que viene, justamente a venderle a sus amas un poco de hilado.

El ruido de la conversación llama la atención de Alisa, madre de Melibea; la cual pregunta que con quién habla Lucrecia; y, al contestarle ésta, le ordena que haga subir a Celestina, pues la conoce

de antes; y la pregunta aparte qué oficio tiene la vieja, a lo que responde Lucrecia, con ingenuo desparpajo, que vendedora de afeites y medio bruja. Supone Alisa que algo vendrá a pedir, y la ordena subir. Después de saludarla y, como efectivamente necesita el hilado de Celestina, recomienda el trato de ésta a Melibea, que escucha la contestación hilando su rueca y jugando con un cestito. Alisa se excusa con una visita a un familiar y las deja solas. Celestina empieza lamentándose de su vejez. (Comienza el tema musical de "Le rouet d'Omphale"). Melibea le contesta que es un estado noble y respetable. Continúa Celestina quejándose como mujer que va a todas partes, de las miserias de ciertos ricos, doblemente desgraciados en medio de sus riquezas por sus dolores; y dice que ella, aparte del hilado que necesita vender, también hace, aunque pobre y vieja, sus caridades; y que deja a un mancebo de noble condición postrado en el lecho del dolor: un mancebo que halló su mal en la misma fuente de donde puede salir su medicina. Pregúntale Melibea que quién es el enfermo y responde Celestina que un noble mancebo llamado Calixto. Alérase terriblemente Melibea y se levanta airada, quedando presa en el mismo momento por un riquísimo cinto, ornado de pedrería y reliquias, que se le enreda en el sitial. Cuando al fin se desembaraza de éste, vuelve su furor contra Celestina, a la cual reprocha todos los cargos que de ella se dicen y que recuerda; la amenaza de muerte a manos de sus criados y, montando cada vez más en cólera, queda casi privada de horror y espanto ante la osadía de la vieja que la escucha sonriente, disimulando su sobresalto.

Se repone un tanto Celestina y murmura entre dientes su conjuro. Melibea, un tanto calmada, le pregunta cómo tiene el valor de hablarle de semejante joven loco, salta-paredes, fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramento mal pintado; recuerda que es el del otro día, y que la habló y le dijo tales disparates que más le quiso dejar por loco que publicar, con daño para sí misma, las razones que le dió Calixto. Ordena que se vaya a Celestina y le dice que dé gracias a Dios por escapar con vida de semejante entrevista. Sigue murmurando entre dientes Celestina, y le pregunta Melibea que si tiene aún valor de hablar después de lo que ha oído, y le contes-

ta humildemente aquella que decía una oración que le dijeron que sabía la joven de Santa Polonia para el dolor de muelas, unida al cordón o cinto milagroso de Melibea, que tiene fama en toda la ciudad de sanar todo género de dolores. Pero ya se va; y, pues en la mucha virtud de Melibea faltó piedad, también le faltará remedio para el mal de Calixto en otros lugares. Y le agrega que quede avisada Melibea de que el deleite de la venganza dura un momento y el de la misericordia dura para siempre.

Ablándase sensiblemente Melibea al oír estas razones y la pregunta que por qué no se lo explicó mejor. Contesta Celestina que, como el motivo era limpio, no creyó necesario ciertos circunloquios. Serénase más Melibea y le interroga por la salud del enfermo; describiéndole entonces la vieja sus dolores con los más dramáticos colores, y ensalzándole sus gracias. Pregunta Melibea que cuanto tiempo ha Calixto, y le responde Celestina que veintitres años. Interrúmpela Melibea diciendo que se refería al dolor que lo tiene postrado y dice Celestina que ocho días. Lamentase ingenuamente Melibea de que no hayan recurrido a ella antes y explica que, dada la mala fama de Celestina, pensó que su encargo fuera de engaño, y que nunca creyó lo que ahora escucha; a Celestina, pidiendo una oración para un enfermo. .

Sigue saliendo el buen natural de Melibea a la superficie y acaba riendo y llamando falsa a Celestina por haberla engañado. Celestina, siguiendo su humor, le pide en desagravio una saya, que le promete Melibea, dando por terminado con este incidente su desconfianza con Celestina. Es más: le da el cordón milagroso y le promete escribir la oración milagrosa; pero como ya es tarde y regresará de un momento a otro su madre, le ruega vuelva otro día por ella. Interviene en este momento Lucrecia, que ha permanecido apartada en el mismo cuarto, y recuerda a Celestina lo tarde que es. Se despide por fin Celestina de Melibea recomendándole ésta, con ingenuas razones, que guarde el secreto de todo a Calixto; no la vaya a tomar por ligera y coqueta. Lucrecia, al acompañar a Celestina, reprocha a ésta sus engaños; y ésta, para desarmarla, le promete un tinte para aclarar los cabellos y un enjuague para el alien-

to. Agradéceselo Lucrecia.

Sale de casa de Melibea Celestina hablando nerviosamente entre dientes y maldiciendo sus largas faldas que le impiden correr con las nuevas buenas y mientras que se va felicitando del éxito de su gestión en un monólogo atropellado, donde se mezclan consideraciones sobre su ambición despierta, la facilidad y pericia con que sorteó el peligro, cuán cerca estuvo de perderlo todo, sus enormes facultades diplomáticas para desviar las iras de la doncella hacia la caridad a un enfermo y el interés despertado en el pecho de la doncella más hermosa de la ciudad y conjura en su mente al cordón a atraer a su dueña a su total voluntad.

Desde la acera de la casa de Calixto ve Sempronio, santiguándose, la extravagante figura de Celestina que, aspando los brazos y visajeando y gesticulando, va sola por la calle. Se dirige acto seguido a ella y la pide cuenta de sus embajadas. Ella la tranquiliza y le sigue prometiendo buena parte de lo que saquen entre todos. Sempronio no se contenta con palabras y se enoja y la amenaza; ella le amansa con promesas de vestidos, arcos, armas, y otras cosas propias de su edad. Sempronio maldice entre dientes de la vieja, cuyas traiciones le son bien patentes; y, en estas razones, llegan a casa de Calixto. Son vistos desde el balcón por Parmeno, que avisa a su amo, que está echado en una banqueta, de la cual se incorpora increpando a sus criados por no avisarle antes de que viniese la vieja. Preso de la incertidumbre de las nuevas que le traen cae en éxtasis sibilador, preparándose a las más diversas emociones y poniendo su vida en las noticias que le traiga la vieja. Sube ésta con Sempronio; y, ante Calixto, empieza diciendo que pasó tal peligro en su embajada que antes diera su vida por menor precio que ahora daría por su viejo manto. Parmeno y Sempronio, más juntos ya en su odio a la vieja, la escuchan indignados. Calixto le suplica que hable por fin: "¿Cómo encontró a Melibea? ¿Cómo iba vestida? ¿Qué le preguntó?"... La vieja le dice que la encontró como un jabalí herido. como un toro bravo. Calixto quiere morir, y suplica a la vieja que le mate de una vez con su misma espada. Le

tranquiliza Celestina y le dice que todas las jóvenes son así en su primer arranque, y si así no fuera no se distinguirían de las otras, más livianas, que siempre dicen que sí, al menor requerimiento de amor.

Suben Calixto y Celestina al aposento de aquel; y Parmeno y Sempronio, -más juntos cada vez, pues notan que se van quedando de meros auxiliares-, quédanse al pie de la escalera. Empieza Celestina diciendo que, con el pretexto de venderle un poco de hilado entró en casa de Melibea, como ha entrado en otras muchas casas a arreglar amores. Protesta airado Calixto, diciendo que con Melibea no quiere engaños de ninguna clase, y que sólo quiere pregonar a todos los vientos su amor. La amenaza en un arranque violentísimo; pero Celestina aunque sobrecoge, sigue su discurso, diciendo que al poner precio al hilado y estando con ella en estas razones, vino a ausentarse Alisa, madre de Melibea. Calixto se exalta al oírlo y dice que ¡quién hubiera podido hallarse bajo el manto de Celestina para estar a solas con Melibea! Contesta la vieja que le hubieran visto, pues su manto está lleno de agujeros. Aléranse los mozos que esto oyen a través de la puerta.

Prosigue Celestina diciendo que experimentó un gran placer al encontrarse sola con ella y que le añadió que un hombre honrado y caballero penaba de un gran dolor, y que también penaba por una palabra de sus labios; que quedó toda suspensa Melibea y que no contestaba; y que, al añadir Celestina que era Calixto, se alteró toda, amenazándole con avisar a sus servidores que la matarían sin piedad; e insultándola con los epítetos de bruja, barbuda y malhechora; y que luego quedó como enajenada; y, saliendo de ese estado, se desató su cólera aún más. Termina diciéndola que ella, Celestina, dejó pasar este arrebató, pues comprendía que a la tempestad sobrevendría la calma; y que añadió muy humilde que el mal de Calixto era sólo de una muela mala. Maravíllase de esta astucia, con grandes extremos, Calixto; y clama con grandes voces la diplomacia, recursos e inteligencia de Celestina. Si-

que ésta diciendo que Melibea accedió a la oración de muy buen grado y que entonces le pidió y le sacó el cordón milagroso que cura todas las enfermedades y que ella llevaba puesto. Exáltase más Calixto y la exhorta a que pida por el cordón toda la casa si quiere; recuérdale Celestina su promesa de un manto nuevo; y, saliendo Calixto, manda cortar a los mozos una saya y un manto de un contray riquísimo que compró hace tiempo y que está en casa del sastre.

Ejecutan los mozos la orden con terribles maldiciones entre dientes; increpálos Calixto, y les promete también unos vestidos. Calixto pide a la vieja el cordón que ha tocado, en vida, esa persona que él ha visto en sueños. Dale el cordón Celestina, alábalo Calixto y lo estruja con frenesí de loco, explicando a las cuatro paredes lo feliz que es el cordón por haber ceñido a Melibea. Interrúmpele villanamente Sempronio diciéndole que más le gusta el cordón que Melibea por lo que parece; enójase Calixto, y Sempronio le llama a la razón diciéndole que trate al cordón como cordón. Calixto prosigue, intentando salir a la calle en su desvarío, mostrando a todo el mundo el cordón, y pide también a Celestina la oración. Dícele Celestina que eso queda para su vuelta a casa de Melibea mañana; despídese a instancias de los criados, y continúa Calixto en su panegírico desenfrenado de Melibea, comparándola con las imperfecciones de otras y ensalzando el agua clara, que sólo es necesaria a Melibea para lavar su rostro sin par. De

Despídese otra vez Celestina, aconsejando a Calixto que no sufra mucho; a lo cual contesta el joven que abraza con amor su sufrimiento, como el más precioso galardón que posee. Vanse todos, dejándole solo por acompañar a Celestina, la cual se aleja en unión de Parmeno, el cual la aconseja durante el camino que refuerce su amistad con Sempronio y le recuerda que conoció y trató como amiga entrañable a la madre de Parmeno y con ella arregló asuntos de importancia y embajadas difíciles, y que a ambas las prendió una vez por su desgracia la justicia, pues siempre rompe el hilo por lo más delgado; y después de prometerle muchas

compensaciones si sigue con su amistad, le despide a su puerta.

Regresa Parmeno ya de día a casa de Calixto; y, preguntado por Sempronio dónde pasó la noche, contesta que la pasó rondando a la más apuesta doncella; que, a una señal de Celestina, salió Melibea a su balcón; y que en el coloquio subsiguiente se le hicieron cortas las horas. Sempronio le felicita, y añade que ya todos aman, pues él también encontró la doncella de sus pensamientos en una tal Elisa, que Celestina le presentó. Y continúa quejándose jocosamente de la hipocresía de Parmeno, que hasta hoy le aconsejaba a Calixto que se apartase del amor de Melibea y de los consejos de Celestina, y reprendía así vidas ajenas, y ahora no guarda la suya. Contesta éste que está arrepentido de sus recelos anteriores y se deshace en alabanzas a Celestina. Siguen haciéndose confidencias sobre sus futuras novias y resultan éstas ser parientas entre sí. Parmeno recela, al notar esto, de Celestina; pero sigue diciendo que ha convidado a comer a Areusa, la doncella de sus pensamientos, a casa de Celestina y que se una a ellos Sempronio con Elicia y así, todos juntos, lo pasarán muy bien. Abrázanse en señal de amistad y acuerda Parmeno desvalijar la despensa de Calixto para llevar a estas damas las vituallas necesarias. Mientras que giran los asadores, se oye cantar con fuerte contraste una romántica canción a Calixto; oyendo lo cual ambos criados comentan que hace varios días no come de lo exaltado que se halla. Suben ambos a verle y, a pesar del exquisito olor y de ser la hora de comer, los recibe abrazado a su cordón y desvariando como siempre. Sale de este estado y pregunta si es de día; y, al saberlo pide sus ropas para ir a misa a la Magdalena y rogar a Dios que no acaben sus días sin antes ver a Melibea. Repréndenle ambos criados y le exhortan a tomar algún alimento; y, mientras le pasan las vestiduras, le traen, al pedirla él, una tajada de diacitrón, que Calixto come con avidez.

Parten todos para la iglesia, y Calixto en el camino manda a sus criados que vayan a esperar a Celestina. Encamínanse ambos a casa de Calixto y, cargados con las vituallas, llegan a casa de Celestina. En llegando, manda Celestina aderezar la mesa a

sus dos amigas con las vituallas de Calixto; y Celestina entona un canto al vino que trajeron y que encuentra muy de su gusto. Empieza el almuerzo, exhortándoles Sempronio a comer deprisa, pues de otra manera no tendrán tiempo de hablar con Celestina de la gentilísima Melibea. Se altera Elicia al oír estas razones a Sempronio; y empieza a rebajar las gracias de Melibea, diciendo que todos son afeites y química, comprados. Continúa Areusa en el mismo tono, tratándola de flaca, ojerosa y escoba aderezada. Responde Sempronio defendiéndola, pues es mucha la fama de su belleza en la ciudad; y las dos amigas, que se habían levantado ofendidas de la mesa, se sosiegan, continuando la comida en la mejor armonía. Pregunta luego Celestina qué vida lleva Calixto antes y después de conocer a Melibea. Y por los criados sabemos que pasa sus horas el joven "dando alboradas, haciendo momos, esperando toros, corriendo caballos, tirando barra, echando lanza, cansando amigos quebrando espadas, haciendo coplas y sacando invenciones". Anímanse cada vez más los comensales, generalizándose la alegría y las risas con las invenciones y ocurrencia de Celestina. Llamen a la puerta y preséntase Lucrecia, criada de Melibea; quien, después de saludar a la concurrencia, pide el cordón de Melibea y añade que ésta requiere a Celestina para que la visite sin más tardar, pues tiene fatigas, desmayos y dolor de corazón. Hace grandes muestras de asombro Celestina de que, siendo tan joven Melibea, sufra del corazón. Lucrecia la increpa entre dientes por su cinismo y salen las dos con el cordón.

Mientras tanto, Melibea sola en su cámara, se entrega a consideraciones melancólicas sobre el interés, mezclado de compasión con desdichas, de Calixto y pide a Dios fuerzas en una ingenua oración para robustecer su energía tan frágil y se lamenta de no poder expresar con la misma franqueza que Calixto, el interés que recíprocamente sienten el uno por el otro.

Suben mientras tanto, Lucrecia y Celestina, y la primera dice a ésta que espera a ver con quién está hablando Melibea. Irrumpe ésta, saliendo al encuentro de Celestina; la acoge con gran ansiedad y le dice que le pague ahora con su saber el favor

que el otro día la hizo al entregarle el cordón para un enfermo; añadiendo que ella también sufre ahora de un triste mal. Indaga la vieja con mucho tino las razones de la dolencia; y Malibea le habla de su mal físico; dícele ser del lado del corazón y que antes no sufría de mal alguno. Atribúyelo seguidamente a la impresión del nombre de Calixto en los labios de Celestina. Asómbrase la vieja y maldice de tal nombre que tal veneno la ha puesto en el espíritu. En seguida, le señala un remedio. Melibea dice que se lo traiga, a costa de lo que sea, y que tiene fe en ella como médico, y que espera de su bondad no la comprometa en su honra.

Manda salir Celestina a Lucrecia. Esta sale temblando por su ama. Prosigue Celestina que aun es necesario traer el remedio de casa de Calixto. Melibea se yergue con toda su altivez, en lucha desesperada consigo misma, y confunde con duras palabras a Celestina. Esta prosigue implacable, haciendo una loa de Calixto, cuyas virtudes no son dignas del desprecio que por él siente Melibea. A renglón seguido dice a Melibea que padece de amor. Alégriase Melibea de tal diagnóstico; prosigue Celestina con los síntomas del amor y Melibea la escucha con atención. Propone como único remedio la presencia de Calixto. Desmáyase Melibea; llama Celestina a voces a Lucrecia; despiértase Melibea que con gesto duro tranquiliza a Celestina y la manda guardar silencio, pues teme ser oída; se concentra en sí misma con poderoso esfuerzo y se increpa en primer lugar por ser débil; relata como Calixto la habló de amor el día del huerto y de cómo le horrorizó; lamentase de que ahora, al venir Celestina de parte suya, la inspire un gozo irresistible; prosigue diciendo que con el cordón se fué parte de ella misma; reconoce y encomia la paciencia y lealtad de Celestina al aguantar sus arranques y dice que más le debe Calixto a Celestina que a ella; y termina entregándose a Celestina, que le arrancó su secreto. Responde conmovida Celestina y le confiesa que, a no ser ahora tan clara Melibea, no hubiera ella osado proseguir; y la alienta a depositarse en su buena

voluntad. Pide Melibea entusiasmada ver pronto a Calixto; "ver y hablar", añade Celestina; quedan en citarlo a las puertas de la casa de Melibea por la noche a las doce; exhorta Melibea el secreto a Lucrecia, después de haberla llamado a la cámara; contesta ésta que ya está al corriente del secreto y desorden de Melibea; entra Alisa, explica Celestina su presencia por la falta del peso en el hilado vendido ayer, y se despide con saludos ceremoniosos. Pregunta recelosa Alisa la verdadera razón de la estancia de Celestina y sonrojándose Melibea la replica que se trataba de la venta de un poco de solimán; asiente Alisa y recomienda no recibir a la vieja sino revestida de recato y seriedad; pero su hija la tranquiliza con muestras de gran afecto.

Al salir Celestina, ve a Parmeno y Sempronio que, con Calixto, vuelven de misa de la Magdalena, y se junta con ellos. Calixto le acoge alborozado. Le da cuenta Celestina de lo pasado y le asegura ser el dueño del corazón de Melibea. Calixto sobreco-gido niega tal cosa; Sempronio, más frío que su amo, insinúa la conveniencia de dar a Celestina una gruesa cadena de oro que Calixto lleva al cuello como recuerdo de sus antepasados. Calixto, accede. Regocíjanse ambos criados echando cuentas de la parte que les tocará; prosigue Celestina diciendo al asombrado Calixto que es más Melibea suya que él de Melibea; Calixto teme despertar de un sueño; le dá cuenta la vieja de la cita para la noche concertada, considérase indigno Calixto de tal favor y expresa el temor de que, Melibea no venga de su grado; tranquilízale sobre tal extremo la vieja; y asómbranse los dos criados, pues en su villano entender, recelan una trampa de la vieja ante tan rápido desenlace y una celada para Calixto con objeto de quedarse Celestina con lo que tiene ya en prenda de aquel. Expresan parte de sus dudas a Calixto; incrépalos éste, pues cree que ultrajan la inocencia y el candor de Melibea; despídese en éstas Celestina; murmuran los criados de la prisa de ésta de escapar con la cadena; y, a la zaga de Calixto, murmuran y amenazan a la vieja, a la que van descubriendo su codicia, que no separa en no repartir el bo-

tín; y añade Sempronio que quisiera Dios que, sobre el sacar él su parte, no le saque también el alma.

En casa de Calixto, éste pregunta qué hora es al despertarse, y maldice a voces de sus criados que no le dicen la hora exacta. Parmeno le contesta que mejor harían de aderezar sus armas. Calixto se prueba varias corazas y ensaya varias espadas, mostrando, al tirar con Parmeno, su gran destreza con ambas manos. Se visten por fin; y, ya de noche, llegan embozados en sus capas a casa de Melibea. Calixto dispone las guardias y puestos de escucha, y manda a Parmeno en descubierta por ver si ha asomado Melibea; éste se niega, recelando unas celada de los criados de la casa, y pone el pretexto de que si Melibea le ve a él puede asustarse de que su secreto sea tan divulgado. Calixto reconoce que puede ser esto cierto, y decide presentarse él mismo. Siguen los recelos de los dos criados que se conciertan para huir a la menor señal de peligro.

Mientras tanto, en casa de Melibea, ésta, apercibida de la presencia de Calixto por el aviso de Lucrecia, que aparta para mejor ver las enredaderas que cubren las rejas de una puerta condenada en un extremo del huerto, llama a Calixto que se da a conocer; le saluda respetuosamente y le advierte, entre seria y apenada, que ha accedido a esta entrevista únicamente para decir a Calixto que cese en propósitos y vanas esperanzas mal fundadas, que le alteran en su estado y tranquilidad; y le anuncia su propósito de despedirle, pues es mejor esto para que no merme su fama de doncella de buena casa. Responde Calixto con razones desesperadas, pues creyó no venir a oír su sentencia de muerte; y tal despido se añade a todas sus esperanzas defraudadas ahora, y alentadas en las promesas de Celestina y los criados. Prosigue diciendo que, pues le llamó para despedirlo, ¿por qué Celestina le hizo venir al fin? Termina preguntándose que de quién se va a fiar ahora que se encuentra solo y desamparado. Melibea, enternecida por su desesperación le contesta que cese de quejarse, y que si él está agobiado de tristeza, ella en cambio llora de alegría de verle tan fiel; que él, Calixto, mandó no más en su cora-

zón, y añade que le quiere entregar un pliego escrito con la oración pedida, y además con otras expresiones de su interés para con él, y que se vaya consolado.

Contesta Calixto con razones de loca alegría, bendiciendo el éxtasis en que se encuentra, y se pregunta si es el Calixto a quien tanto bien se hace... o es otra persona. Contesta Melibea que, desde el momento en que tuvo noticia de los altos merecimientos de Calixto, abandonó de sus nobles esparcimientos por su amor hacia ella, le perteneció en absoluto; y que aunque quiso disimular ante Celestina, no lo consiguió al fin, y que ésta es la causa de que esté ahí presente. Lamentándose ambos enamorados de que estén tan fuertemente cerradas las puertas y quiere llamar Calixto a sus criados para hacerles ceder; estos se aperciben a acudir llenos de miedo, pero Melibea disuade a Calixto y le contenta con la cita para mañana a la misma hora, escalando la pared del huerto, donde no serán sentidos.

Laméntase, mientras tanto, los dos criados de lo tarde que es; y, como su miedo se acrecienta, proyectan escapar al menor ruido sospechoso; se congratulan de traer las armas bien atadas para que no se les caigan al correr; y, en ésto, se oyen los pasos y ruido de armas de la guardia, huyendo despavoridos los dos criados; lo cual no impide que vuelvan sobre sus pasos al ver que no hay peligro. Melibea pregunta a Calixto que "qué es ese ruido que se oye?" contesta Calixto que serán sus dos esforzados criados que desarman a alguien que pasa; se espanta Melibea temiendo ser descubierta; y, en esto Parmeno avisa a Calixto que se retire, pues viene mucha gente. Se despiden rápidamente los dos enamorados y, al retirarse, Melibea es oída por sus padres, siendo ambos tranquilizados por ésta, que les dice que salió a beber agua a la fuente.

Calixto se despide, a la puerta de la casa, de los dos criados que enfáticamente le tranquilizan con la buena guardia que montaron. Vase Calixto rendido de tantas emociones a dormir, mientras que los dos mozos se dirigen, de común acuerdo, a casa

de Celestina a pedir sus partes en la ganancia común, pues no pueden guardar por más tiempo sus recelos. Por el camino Parmeno primero, y obedeciendo a un impulso, mella su espada y abolla su coraza con grandes piedras, siendo seguido en su ejemplo por Sempronio. Con las armas en este estado llaman a la puerta de Celestina al amanecer; la cual se asoma a la ventana y les manda que entren.

Entran ambos con grandes muestras de ira y cansancio, y preguntales Celestina que a qué se debe tal visita y a tales horas, y que cómo le vá a Calixto. Contéstanle ambos que mejor sería que les aparejase almuerzo, según vienen de deshechos y molidos. Pregúntales Celestina ansiosamente qué les ha pasado. Sempronio desenvaina la espada por toda contestación y la contempla sombríamente; acto continuo, se desembaraza de su coraza y explica desabridamente a la vieja que, mientras montaban la guardia cerca de su amo, trabáronse de lucha con unos desconocidos, y, ambos estropearon sus armas como lo puede ver ahora; y que Calixto les mandó acompañarle durante la próxima noche, sin reparar en el estado en que se encuentran de cuerpos y armas habiendo expuesto sus vidas sin compensación ni premio alguno. Celestina les aconseja que reclamen a Calixto. Sempronio la inorepa, diciendo que no son como ella, y que bastante les ha dado ya Calixto; y que, contando con las cien monedas y la cadena de oro, caro le iba a resultar este negocio a Calixto; que sea razonable Celestina y no lo eche todo a perder por pedirlo todo a Calixto.

Altérase la vieja al oír esto, y llama loco a Sempronio, pues no está obligada a pagar por sus armas destrozadas, y que la maten si todo esto no es por lo que le entendió el otro día por una palabrilla suya de partir lo ganado en tiempo oportuno, y que las palabras no obligan a nadie. Continúa explicando que dió la cadena a la loca de Elicia para que se entretuviese con ella y que ésta no se acuerda donde la puso, y que teme que se la hayan robado unas visitas que a su casa vinieron; añade que, si algo le han dado a ella en prenda en este negocio, ella puso su vida en el tablero a la luz del día y más gastó en este negocio que ellos que

Legado Guillermo Feltrano en la Biblioteca de la Universidad de Chile

de aventuras de juventud; y que, si aparece la cadena, han de tener ambos un buen par cada uno de calzas de grana por su buena voluntad.

Sempronio la increpa diciendo que, ahora que se ve rica, no quiere partir ni lo justo, y Parmeno la amenaza con tomarlo todo. A medréntase por un momento Celestina y les promete mil fiestas en su casa, donde se regocijarán comiendo y bailando en buena compañía. Sempronio le vuelve a pedir dos partes en el botín, Celestina les pregunta si ellos tienen un plan para ponerla en mejor vida de la que lleva, y les ordena que se partan al punto de su casa, y que ella, por saber de sus secretos, no les obligue a nada y que, "si conoció a la madre de Parmeno tan desdichada como ella"... En este punto Parmeno la ataca todo descompuesto, diciéndola que, si continúa así, irá a hacer compañía a los difuntos que menciona. Llama Celestina con grandes voces a Elicia para que traiga enseguida su manto y salga a pedir justicia a toda voz; échales en cara su cobardía con una mujer indefensa y vieja; intenta ponerse su manto, y, con él puesto, se abalanza a la puerta de la cámara. Sempronio la sujeta, diciéndola que, por última vez, le pide que les dé las dos partes. Celestina les amenaza con divulgar todo lo de Calixto y la parte de ellos. Elicia se interpone entre Sempronio y Celestina.

Celestina, fiel a su amenaza, pide justicia a grandes voces y que la asesinan en su casa dos rufianes. Sempronio toma la espada que yacía sobre la mesa y le da una estocada en el pecho. Celestina cae de bruces pidiendo confesión. Parmeno exhorta a Sempronio a rematarla y Sempronio le da otra estocada. Se va juntando la gente a la puerta de la casa, intentan huir los dos criados; pero ven tomadas las puertas y saltan por la ventana que dá al talud, cayendo maltrechos y pidiendo socorro. Son presos por los alguaciles y conducidos a rastras camino de la plaza pública, en cuyo recorrido son vistos por el mozo de Calixto llamado Sosia del cual se despide con las primeras razones Parmeno, pues Sempronio ya va medio muerto. Elicia, desmelenada y gritan-

do, acompaña al trágico cortejo, clamando justicia y publicando que la causa de todo fué una cadena de oro que los dos malhechores reclamaban de Celestina. Llegados que son a la plaza pública, el Alcalde y los Jueces ordenan justicia sumarísima y son degollados ambos en el sitio, no sin haber sido antes apuñalados por la multitud enardecida.

En casa de Calixto, éste se despierta medio vestido; y, hablando serenamente de lo feliz que es, llama a sus criados y es respondido al poco tiempo por Sosia y Tristán, su pajeillo favorito, que se arroja a abrazarle las rodillas. Se entera Calixto por labios de Sosia de todo lo visto por éste, y queda atónito mientras que los dos criados se deshacen en lamentaciones, en tanto se oye por la ventana el pregón de justicia que notifica la ejecución y el crimen. Se entrega Calixto a las más variadas y melancólicas meditaciones, por sus secretos más queridos que supone ya de domicilio público. Empieza a hacer conjeturas sobre sus planes futuros y se lamenta de la muerte de sus dos fieles servidores. Decide hacer ver a la gente de la villa que ha estado ausente y que al regresar mañana se enterará de todo. Mientras tanto, ordena a Sosia y Tristán que se provean de escalas de cuerda y garfios para escalar las tapias del huerto de Melibea, que son a su decir muy altas por la parte oscura del campo; y, animándose con la acción, se consuela con la dicha que le espera, desafiando románticamente al mundo entero y pensando que, incluso antes de verse privado de Melibea, es capaz de fingirse loco como ha visto en ejemplos de las historias antiguas.

Mientras tanto, a la hora convenida, espera Melibea acompañada de Lucrecia, en el huerto, la venida de Calixto; y se lamenta de su tardanza. Llegan entretanto los tres hombres al pie de la muralla, que se muestra altísima y escarpada. Tristán, con el arrojo de sus pocos años y la agilidad de estos, afianza parte de las escalas y las engancha a los salientes de la pared; quiere subir con su amo, pues teme que su vida peligre en la ascensión. Calixto le disuade cariñosamente, y trepa rápidamente desalojando varias

piedras en su impaciencia; destácase su silueta a la luz de la luna. Adviértele Melibea, desde dentro, del peligro en que se halla, pues el mudo es muy alto; pero Calixto, apoyándose en una rama de árbol, salta dentro y cae en brazos de Melibea. Ambos se alejan seguidos de Lucrecia por las umbrosas avenidas del huerto; intenta Melibea apartar a Lucrecia, pero Calixto se opone. Se sientan en un banco, transidos de felicidad, los dos enamorados. Melibea juega con su laúd y contemplan la luz de luna que alumbra la altísima muralla del huerto. Mientras tanto, Tristán y Sosia, embozados en sus capas al pie de la muralla, esperan el día. Tristán comenta la dicha de su amo, que parece tan contento que hoy le prometió un arco nuevo y le encargó amaestrar un mirlo para Melibea, a la cual ha ensalzado tanto delante de él que está deseando conocerla, y de la cual será tan favorito como de Calixto. Sosia, por el contrario, dice al paje que no pueden tener buen fin estos amores, sazonados con la muerte de dos servidores. En el jardín, Calixto, presintiendo el día, se despide de Melibea. Esta intenta retenerlo aún. Calixto ordena, desde la muralla a la que sube, tensar las escalas a sus criados; y, bajando, se despide tiernamente de Melibea. Al pie del muro, Calixto se reúne con sus criados y, volviendo a su casa, se encierra en su cámara y se entrega a tristes meditaciones, echando de menos la compañía de Melibea, sintiendo frío en el alma y comentando tristemente la pérdida de su patrimonio y la parte de infamia que le cabe en las tres muertes. Se reprocha a sí mismo con acusaciones el estado tan triste en que se halla, evoca por el contrario, como un rayo de esperanza, la figura del Juez de la villa, tan viejo amigo de su noble padre, que mandó ajusticiar los dos infieles criados para que, no se divulgasen las honras perdidas ante la justicia ordinaria; consuélase una vez más con la evocación de Melibea, diciendo que el paraíso ha llegado ya para él: se exalta con las promesas de futuras entrevistas con su fiel enamorada, única ilusión y razón de existencia que le queda en medio de tanto engaño: exhorta a los relojes a apresurar su paso en las horas de hierro que le separan de ella; continúa comentando la fi-



nura, los encantos y las lágrimas de Melibea al despedirse de él, sigue devanando pensamientos; y al analizar su situación tan comprometida, decide simular una ausencia prolongada y salir solo de noche a visitar a Melibea, llevando este estado de cosas hasta la muerte.

En casa de Melibea, Pleberio y Areusa comentan la vejez que se les avecina y la conveniencia de casar a Melibea; y enumerando sus dotes, se preguntan a quién no le convendrán. Dice Ali^{de}sa que de la elección/Pleberio se fía y que provea a contentamiento de todos, y que antes consulte con Melibea, pues ésta debe ser la primera en decidir. Son escuchados en esta escena por Lucrecia, que avisa a Melibea, porque la cual toma los proyectos de sus padres con tristeza y melancolía, pues su corazón pertenece en este momento a Calisto más que nunca; pues hace un mes no vive sino para ella sin faltar un solo día de verla. Lucrecia la avisa que Pleberio se dirige a su cámara; Melibea desesperada ruge a Lucrecia que le interrumpa un momento con un pretexto cualquiera, mientras ella se prepara para semejante situación.

Lucrecia finge con Pleberio una ligera indisposición de Melibea y queda en preparar la consabida entrevista aplazándola para mañana.

Elicia y Areusa, desconcertadas por la muerte de Celestina y de sus dos amigos, por la pérdida de la cadena que no aparece y por la maledicencia de la ciudad que se ceba en ellas, proyectan vengarse de Melibea, a la que suponen con su torpe entender contenta de tantas muertes y gozando tranquila de los amores de Calixto. Acierta a pasar con un encargo por bajo de sus ventanas Sosia, le hacen subir y, con halagos y elogios, le van sacando detalles del camino recorrido por Calixto en sus rondas nocturnas; alegan a los ojos del deslumbrado mozo que le preguntan todo esto por salir fiadoras de la buena conducta de Calixto y sus criados, de los cuales la gente empieza a murmurar y agregan que ellas tienen amigos que les pueden defender en el recorrido que Sosia les acaba de descubrir. Despedido que es éste,

ambas van a visitar a Centurio, rufián de baja estofa y espada-
chín mercenario, al cual encomiendan que mate a Calixto en su
recorrido, y le señalan la ruta que emprenderá en la próxima
noche, prometiéndole una buena cantidad a cambio. Centurio, ya
solo, mide las probabilidades de éxito; y, como conoce la justa
fama de valiente de Calixto, determina encomendar la aventura a
Traso el Cojo, y dos compañeros suyos, de los cuales no espera
sino que hagan pasar a Calixto y sus dos pajes una alarma pasaje-
ra.

De camino Calixto con sus dos criados, embozados en sus ca-
pas y convenientemente armados, va contando Sosia a Tristán la
grata impresión que la ha causado Areusa, a la que él, en su hu-
milde condición, no hubiera jamás aspirado a conocer. El paje
Tristán, aunque apenas un niño, recela del secreto divulgado por
Sosia a sus dos nuevas amigas, y logra comunicar sus recelos a So-
sia, que se arrepiente de haber confiado en dos mujeres. Llegan al
huerto de Melibea y oyen el canto muy quedo de ésta y de Lucrecia
que la acompaña. Tienden las escalas Tristán y Sosia; y, subiendo
Calixto, se reúne con Melibea y Lucrecia, a las que escucha arro-
bado cantar, acompañadas por el laúd; Melibea quiere mandar a Lu-
crecia por una colación que ha preparado ella misma para Calixto;
éste se niega a considerar siquiera la idea de poner delante de
Melibea, pues su sed y hambre son olvidadas ante su gentil pre-
sencia. Siguen departiendo abrazados los dos enamorados; pasan
las horas y se oyen en esto las voces de Sosia que, junto con Tris-
tán, espantan a Traso el Cojo y sus dos acompañantes, haciéndoles
huir con una arremetida tan violenta, que no reparan en que, en
la confusión, uno de los acompañantes de Traso ha desenganchado
a medias la escala del muro de la huerta.

Al ruido de las armas despierta Calixto de su éxtasis y,
acordándose del pajecillo Tristán y temiendo una nueva desgra-
cia, se abalanza convulso a la escala; Melibea se abraza a él es-
pantada e intenta ponerle su coraza. Al aumentar el ruido, Calixto
se zafa de ella y, sólo con la espada, trepa velozmente; se incor-
pora con la espada desenvainada en el preñil y, con el traje de-

sordenado, se perfila su silueta a la luz de la luna. Al intentar después de agarrarse a las piedras, poner el pie en la escalera, se deja caer con todo su peso en ésta, y cae en el vacío, en el momento de la vuelta de sus criados, que le gritan que no baje. Calixto dice: "Muerto soy, válgame Santa María... ¡Confesión!" ...Le levantan los dos criados y le ven muerto; y al oír las lamentaciones de éstos, Melibea adivina lo que pasa y aporrea desesperadamente la pared, cayendo al suelo medio desfallecida. Sube por la otra escalera Lucrecia y, desde este lugar, ve como los criados recogen piadosamente el cuerpo inanimado de Calixto y se lo llevan envuelto en sus capas. Baja apresuradamente a ayudar a Melibea que, en el suelo y asida a la coraza y las prendas de Calixto al pie del muro, se revuelca en muda desesperación; la incorpora y, procurando atenuar sus quejas, la lleva a su cámara y la acuesta en su lecho. Va seguidamente a despertar a Pleberio y Alisa, dice sólo a Pleberio que corra en socorro de su hija; apresúrase Pleberio, y entra en la cámara de Melibea, abre las ventanas y se inclina afanosamente sobre ella. La interroga con ansiedad y Melibea responde con razones, desvariando de dolor; pero que no dejan entrever nada a Pleberio de la verdad; el cual, alarmadísimo, intenta convencerla de salir a tomar el aire con su Madre, diciéndole que así los tres juntos, lo explicará todo; pues su madre ha quedado con tan gran dolor que es necesario consolarla enseguida. Accede desmayadamente Melibea y antes propone a Pleberio que prepare músicos y cantores para que la acompañen a lo alto de la torre y que con sus sonidos la consuelen en la inmensa melancolía que sufre.

Sale Pleberio a vestirse para cumplir esta orden; y Melibea va sola y subiendo lentamente las gradas de la torre, apoyada en Lucrecia. Al llegar al final de la rampa y donde el aire agita sus vestiduras se pasa las manos por el rostro y suplica a su fiel doncella que baje, y diga a su padre que la espere al pie de la torre pues quiere decirle unas palabras que se le olvidaron. Al quedar sola Melibea se incorpora con un suspiro

dolorosísimo y, pasando a la azotea, cierra con gran trabajo la pesada hoja claveteada de hierro. Ya en la azotea apoyada en la baranda se entrega a consideraciones sobre el desesperado estado en que se encuentra, dejada de todos los que no pueden compartir su pena; se dá por terminada en el mundo, tendrá tiempo de contar a su padre su fin, pues le espera pronto en el otro mundo. No obstante, en gran soledad los deja mientras tanto. Pero ha habido aún hijos más crueles, pues ella desaparece sin matar a nadie. Su destino no está en sus manos y pertenece sólo al muerto. Oye las campanas que doblan por Calixto y percibe el rumor sordo del pueblo alborotado. Considera el luto que lleva al corazón del mundo con su triste aventura, las limosnas que se dejaron de dar por su culpa; la muerte de Calixto y el fin de una vida que aún no empezó a dar sus frutos; Recuerda a Celestina y la cree culpable, pues le sacó del pecho un secreto que hubiera podido guardar sin más daño...

Poco después, Pleberio que vuelve de su aposento, acompañado de sus criados para buscar los músicos pedidos, se encuentra al pie de la torre el cuerpo de Melíbea, mitad en tierra y mitad en el estanque, donde flotan sus largas trenzas. Se abraza a ella y se entrega a un llanto desesperado.

F I N

CARMEN MORENO
COPIAS TEATRALES
MURCIA, 26 Teléf. 77488
M A D R I D